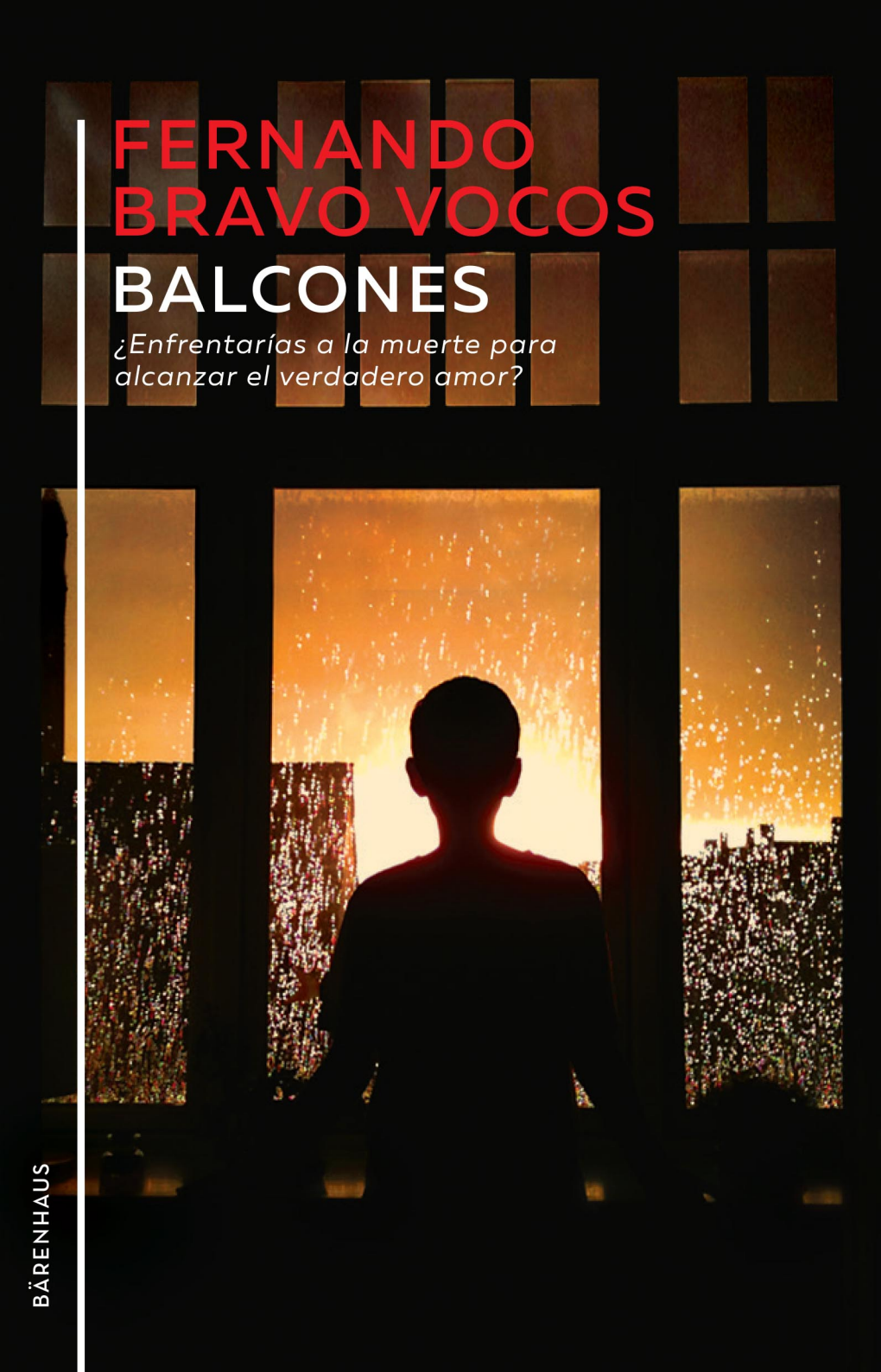
FERNANDO BRAVO VOCOS

BALCONES

¿Enfrentarías a la muerte para alcanzar el verdadero amor?



BÄRENHAUS

FERNANDO
BRAVO VOCOS

BALCONES

¿Enfrentarías a la muerte para alcanzar el verdadero amor?

BÄRENHAUS
EDITORIAL

BIBLIOTECA ELEGIDA

Colección dirigida por
Marcelo di Marco

BÄRENHAUS

ÍNDICE

Parte I. El origen
1. Ahí estaré.....11
2. La condena.....18
3. La coraza de frío.....34
4. El campo de fuego.....38
5. Mi shyuma.....53
6. Santos.....63
7. Quiero ser como vos.....74
8. Con miedo y con sangre fue.....86
9. El detalle negro.....96
10. Pol y la vieja.....116
11. Mensajes.....125
12. Código mortis.....140
13. El llanto del bebé 151
14. Mariana.....166
15. Mi poder secreto.....173
16. Anclajes.....182
17. Sifón cuarenta.....202

Parte II. El destino
18. Los cuarenta de pol.....216
19. Anahí.....226
20. El talón de Anahí.....237
21. Esperas.....260
22. Volar bien alto.....281
23. El portazo.....319
24. La garita 338
25. Ramirito.....347
26. La rusa.....358
27. El sueño.....371
28. El gitano.....379
29. Una extraña noche de amor.....396
30. ¿Amor?.....405
31. Miedo.....431
32. Sábado a la noche.....441
33. Mi hijo.....448
34. Balcones iluminados.....451
Agradecimientos.....459

BÄRENHAUS EDITORIAL

A mi madre
y a mi padrino,
tan queridos

BÄRENHAUS
EDITORIAL

PARTE I. EL ORIGEN

1. AHÍ ESTARÉ

De chico, yo soñaba con pertenecer a una familia: tener papá, mamá, hermanos, abuelos.

De chico, en algunas noches de verano solía escaparme del orfanato. No lo hacía como una travesura. Ni tampoco integraba una pandilla callejera de huérfanos. Me fugaba solo. Para mí era algo muy serio. En esas noches, tumbado sobre mi colchón, no dejaba de escuchar la respiración de mis compañeros, los ronquidos, sus balbuceos. Zumbaban mosquitos, faltaba el aire, las piernas se inquietaban: así era el llamado, tenía que salir. Allá afuera, en el barrio, aparecería de nuevo el encantamiento de los balcones iluminados.

BARENHAUS EDITORIAL

Me levantaba, cruzaba el pabellón como un ánima saltando entre los colchones, zafaba la vigilancia del sereno, siempre borracho, y salía a deambular por las calles. Todavía recuerdo el triste reflejo de los faroles en los adoquines. Y las casonas viejas, los edificios hacinados, los basurales de las esquinas. Había memorizado hasta las baldosas rotas que debía esquivar en la penumbra para no lastimarme los pies descalzos. El barrio se veía tan sórdido como el

internado, excepto cuando aparecía el encantamiento de los balcones.

Para descubrirlo yo mantenía la mirada en los edificios, en las alturas. A menudo, después de largas caminatas, volvía sin pena ni gloria al orfanato, donde por lo menos me esperaba al día siguiente un techo y un plato de comida. Otras veces, como por arte de magia se encendían luces en algunos balcones, por acá, por allá y más allá. En ellos aparecían siluetas que sacaban sillas de jardín, caballetes, tablones. Las mujeres desplegaban manteles, servían las mesas. Se oían timbres, puertas, saludos.

Yo miraba con la boca abierta, contenía la respiración.

La gente se acomodaba en las mesas. Risas, charla y vozarrones se multiplicaban junto con los sonidos de cubiertos, vasos, platos. El bullicio crecía procedente de los balcones iluminados. Y bajaba suspendido en el aire, como un pueblo flotante. Y giraba a mi alrededor. Al cerrar los ojos podía verme en una cena fantasmal montada en la calle. Ya no estaba solo. Podía intuir las mesas más cercanas o las más alejadas, de qué balcones provenían. La brisa ondeaba los manteles y traía el aroma de las fuentes. Las ropas impecables, los peinados, las sonrisas blancas, todo lucía hermoso. Algunos servían bebidas, otros pasaban bandejas. Nunca faltaba un discurso sobre los motivos de los encuentros: a veces era un cumpleaños allá, por el quinto piso, o una graduación en el segundo del edificio de al lado. Otras veces era una despedida, o un nacimiento.

BARENHAUS EDITORIAL

Después de los monólogos se levantaban y se chocaban las copas.

Parado en la vereda, yo me integraba a los festejos y, aunque no comiera ni tuviera relación alguna con ellos, me sentía parte de esas familias, como si fuera un hijo más. Y aunque no supiera la fecha de mi cumpleaños, ni hubiera tenido jamás un festejo, ni un regalo, en esas noches de encantamiento, yo era feliz.

Una noche, jamás lo olvidaré, el brindis fue diferente. Al unísono, como si se hubiesen puesto de acuerdo, gritaron desde todos los balcones:

—¡Feliz Navidad!

—¡Felicidades!

Y se besaban, se abrazaban.

—¡Por nuestros sueños!

Sonaban sirenas, explotaban petardos.

Un viejo de boina blanca y pañuelo al cuello me saludaba desde un balcón.

—¿Yo? —Abrí los ojos, miré alrededor.

Levantó una copa y dibujó un "Felices fiestas" en sus labios. Entonces me di cuenta de que el saludo había sido para mí.

—Un minuto de silencio —dijo alguien—. ¡Pidamos un deseo!

Los fuegos artificiales brillaban en el cielo.

—Tener una familia —murmuré—. Que me adopte una familia hoy mismo.

El viejo de la boina permanecía con su copa en alto. Lo saludé con la mano. Su abrazo, a la distancia, apretó mi pecho y cerró mis ojos.

BÄRENHAUS EDITORIAL

A la fiesta mágica se sumaron chicos que corrían entre las mesas, escondiéndose debajo de los manteles y las sillas. Yo jugaba con ellos en mi imaginación, como si fuéramos hermanos.

—¡A la cama! —dijo una anciana sonriente—. ¡Traigan los libros de cuentos!

Entraron cada uno a sus hogares sin mirarme.

Poco a poco, la gente se despedía, los balcones volvían al silencio. Pretendiendo estirar ese final de fiesta, me quedé allí hasta apagarse el último balcón.

—¿Pediste tu deseo? —me asustó una voz.

Un autito celeste, de llantas doradas, se detenía frente a mí. Lo conducía asomado a la ventanilla el viejo de la boina blanca acompañado por una señora que lucía una peineta de flores.

¿Cómo supo, pensé, que yo había pedido un deseo?

—Sí, lo pedí.

Sacó algo de su bolsillo, lo depositó en mi palma, me cerró el puño.

—Pibe —su voz olía a vino—, esto que te damos es para que nunca olvides tu deseo de Nochebuena. ¿Me entendiste? Recordá siempre que tu deseo está acá, encerrado en este regalo.

¿Cómo olvidar el primer regalo que recibía en la vida?

—¿Podés manejar? —le dijo la señora—. Tomaste demasiado.

—No lo olvidaré —contesté sin mirar lo que me había dado.

—Bien, pibe. —El viejo acomodó su cinturón de seguridad—. Eso es lo más importante: la fe. Siempre confiá en tus sueños. Jamás pierdas la fe en ellos.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Eso dijo.

—Ya está, Viejo —dijo la señora—. Ya hicimos lo que teníamos que hacer. Ahora vamos. Y si no estás para manejar nos tomamos un taxi.

Arrancaron, se alejaron zigzagueando, y al doblar en la esquina no sé qué luz se espejó en las llantas doradas y me encandiló como si hubiera mirado al sol. Enceguecido, abrí el puño. Traté de enfocar lo que tenía en la mano. Fui recobrando la vista sobre un cilindro que parecía de hueso, del tamaño de un cigarrillo corto. Tiré de una muesca metálica. Y se abrió la hoja de una navaja.

Advertí que una patota se aproximaba. Tuve miedo de que me robaran el regalo. La cerré y corrí lo más que pude hasta el zaguán oscuro de un edificio, donde atiné a esconderme. Acurrucado, retumbándome los latidos, esperé hasta asegurarme de que los tipos se habían ido.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Alcancé a oír voces, una conversación pausada. Sonó un petardo rezagado. Los murmullos de un hombre y una mujer venían de un balcón en el primer piso, por encima de mí. De allí también salía el aroma de una salsa de tomates, algo que tal vez aquella pareja acababa de comer. ¿Un guiso, unas pastas con estofado? En el orfanato, después del campanazo con que nos llamaban, nos topábamos siempre con el mismo olor sobre el plato: sopa, lentejas o pastel de papas, y ese invariable gusto a trapo, apenas tibio.

Cada tanto, desde el balcón caían cenizas de cigarrillo. Desde mi escondite alcanzaba a ver las estrellas en el cielo. ¡Cómo me hubiera gustado escuchar

a mis padres conversar a la luz de las estrellas! La mujer levantó la voz:

—Bueno, eso está todo bien, pero… ¿cuándo vamos a tener un hijo?

—¿Pero vos escuchás lo que te digo? —respondió el hombre—. ¿No te parece que?… —su voz se hizo confusa.

Apreté la navajita. Tuve la idea: a lo mejor ellos quieren adoptarme.

El fumador arrojó al vacío la colilla encendida que cayó justo sobre mi pie. Grité. Salté.

—¡Quién anda ahí! —gritó el tipo desde el balcón—. ¡Eh, pibe!

Los miré ofuscado.

—¿Estabas robando? ¡Raterito! ¡Rajá o llamamos a la Policía!

Temblando, escondí la navajita en el bolsillo.

—No… no —tartamudeé—, no tengo familia.

La mujer se asomó y le tocó el brazo al tipo como diciendo "Dejá, yo me ocupo".

—Esperá, nene —dijo—. Quedate. No vamos a llamar a la Policía.

Ella entró. ¿Bajaría y me abriría? ¿Me adoptarían? ¿Estaría a punto de cumplir mi flamante deseo de Nochebuena?

El tipo me estudiaba.

La mujer reapareció en el balcón, arrojó un bulto pequeño que cayó a mis pies.

—Feliz Navidad. —Sonrió compasiva.

Desenvolví el paquete blanco. Contenía un pedazo de pan dulce.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—¿Te gusta? —dijo la mujer, tal vez complacida por su acción de Nochebuena.

Era evidente, ni siquiera pensaron en adoptarme.

Sin contestar, con un nudo en la garganta enfilé hacia el orfanato. En el basural de la esquina tiré el pan dulce.

—¡Desagradecido! —oí que gritaron—. ¡Así son estos!

Aquella fue la primera vez que estuve a punto de alcanzar mi sueño. Aunque ya se habían apagado todos los balcones y no quedaba nada del encantamiento, yo había visto lo que quería de la vida. En los balcones iluminados, en esos nidos de luz, se encontraban las familias. Ahí festejaban, ahí conversaban las mamás y los papás. Ahí jugaban los hermanos, y contaban cuentos las abuelas.

¡*Ahí* estaban las familias!

Esas noches de encantamiento me hacían intenso. Pero al finalizar, dejaban en mi pecho un ardor que nunca se iba, un *ardor incurable.* ¡Todos! ¡Sí, todos ellos tienen un hogar!

De madrugada regresaba al internado evitando ser visto. Me acostaba sigiloso en el colchón número 40, invariablemente húmedo, y mordía el cabo de hueso de la navajita pensando que algún día —siempre lo pensaba—, algún día yo también estaré *ahí*, en un hogar, en un balcón iluminado.

BÄRENHAUS EDITORIAL

2. LA CONDENA

Mi aspecto desgarbado y de colores nórdicos contrastaba con el del resto de mis compañeros. Tenía la costumbre de silbar, lo hacía como un canario en aquella jaula inmensa que era el internado. A lo mejor algo de eso los irritaba. O quizás me hayan culpado, a mis espaldas, por hechos que nunca supe. No sé por qué, pero me tomaron bronca. Y la atmósfera se fue poniendo hostil. A ellos les causaba gracia sus bromas pesadas.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Alguien, seguramente un celador, nos transmitió la promesa del juez: "Al que se porte bien, muy pronto le encontraremos una familia". Por eso yo obedecía, esperando de un momento a otro la noticia de mi adopción. Entonces, con la simple firma del juez, yo tendría papá, mamá, hermanos: un hogar donde fuera tratado con amor. No por compasión, caridad o filantropía, sino con la dignidad de ser un hijo querido.

Sin una familia, sin esa raíz, el mundo es un gentío anónimo. Una aglomeración de desconocidos. Y nada más.

—¡Hoy es el día! —gritó alguien en una madrugada, lo hubiese jurado.

De un salto puse pie a tierra. En el pabellón todos dormían. Fui en puntillas hasta el estante 40 —el mío— y en la penumbra guardé con manos atolondradas mis dos remeras, el pantalón y los tres calzoncillos en bolsitas de supermercado. Algunos chistaron molestos por el ruido del polietileno. Terminé los preparativos de la "mudanza" y volví a esperar en el colchón. Allí, en un hueco, escondía mi navajita de hueso para que no me la robaran. Eso recogería a último momento, antes de mudarme.

Sí, pensaba, esta noche ya no estaré acá.

Imaginaba que apagaría la luz en un hogar, con un beso de mis flamantes padres.

Aquella madrugada seguí en vela hasta que amaneció. Pasaron los días sin novedades. No obstante, tomé el hábito tempranero de ordenar las bolsitas con mis petates y esperar.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Si no es hoy, será mañana, pensaba. El Juez no me puede fallar. Es *El Juez*.

El hecho de vivir en esa transitoriedad, siempre a punto de irme, hizo del orfanato un lugar de paso. Vivía con la sensación de estar parado en una torre de vigilancia, oteando el horizonte, a la espera de esa firma que en cualquier momento llegaría para rescatarme.

Eso me llevó a la displicencia, y nada de lo que pasaba dentro del instituto llegaba a importarme de verdad. Yo subsistía ajeno a los códigos de mis compañeros, a las grescas pandilleras, a todo ese mundillo que solo producía miedo y aversión. No me sometía a los caciques ni formaba parte de ninguna tribu.

Habrá sido por mi indiferencia, vista por ellos como un desprecio; la cuestión es que el ambiente se puso peligroso para mí.

Un día me rodearon en el patio. El jefe de la barra, un chino de rasgos demoníacos, se adelantó.

—¿Y, Pajarito Cuarenta? —dijo—. ¿Qué vas a hacer? ¿De qué lado estás?

—Yo no estoy de ningún lado —disimulaba un temblor—. A mí me adopta una familia, y no me ven más.

—¡Aterrizá, Pajarito! —alguien parecía insultarme al hablar—. Acá estamos para siempre.

—El juez dijo que al que se porte bien…

—Lo jueces adoptan bebés —interrumpió el chino, el más malo—. ¡Con siete años, olvidate de una familia! —Sonreía de costado, miraba a los demás—. ¡Acá nos quedamos para siempre!

—¡Mañana me voy!

Soltaron la carcajada.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—Lo jueces no sirven —sentenció el más malo—. Nosotros somos los jueces acá. —Abrió sus ojos achinados—. Por eso, Cuarenta, si te venís con nosotros, no te jodemos más. Nosotros ni nadies te jodemos más.

Me quedé en silencio.

—Vos hacés lo que yo te mando. —Daba vueltas el chino, me acechaba—. Y así vas a vivir tranquilo —amenazó entre dientes.

—¿Y por qué tengo que hacer lo que vos digas? —Yo tiritaba, hablaba sin pensar.

—No te hagás el malo. —Alguien agarró mi brazo—. Es ahora o nunca.

—¿Quién se creen? —Lo solté de un tirón, retrocedí unos pasos hasta chocar con una pared—. ¡Ninguno de ustedes me quiere!

—Nosotros te queremos mucho —dijo otro que quiso bajarme los pantalones pero no pudo porque alcancé a sostenerlos.

Se rieron. Sentí fuego en la cara, retorcijones en la panza.

—Mátense entre u… —no pude ocultar el tartamudeo—… u-ustedes, s-si… q-quieren.

—¡Flaquito marica!

—¡No me j-jodan más! —dije—. ¡No quiero hablar más con u-ustedes!

Alguien escupió en los baldosones del patio, justo delante de mis pies.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—¡Déjenlo! —ordenó el chino—. No quiere hablar más con nosotros. —Me hundió una mirada perversa—. ¿Escuché bien?

Lo miré aterrado, no me salió la voz.

—Está bien —siguió mientras se acercaba—. Pero si no hablás con nosotros, tampoco vas a hablar con nadies, ¿entendistes? —Se me plantó adelante, su nariz chata contra la mía—. ¡Con nadies, mierdita! ¿Entendistes?

Tragué y asentí.

Me agarró de la nuca y con la otra mano me tapó con fuerza la boca. Forcejeamos. Dijo entre dientes a mi oído:

—Te cosés bien cosida esta boca. Más te vale que no te veamos hablando con nadies. Si no…

Me soltó. Hizo tijera con los dedos frente a sus labios como diciendo "Te cortamos la lengua".

Al irse, desde lejos se dio vuelta y vociferó con el puño en alto:

—¡Ni con tu sombra vas a hablar, Cuarenta! ¡Palabra de Jefe Sirrus!

El resto explotó con un grito de aprobación. El eco quedó sonando en el patio vacío. Y en mis pulmones.

¿"*Sirrus*" dijo? ¿Jefe *Sirrus*? ¿Qué es eso?

Quise olvidar el tema. Pero ese apriete fue un hecho tan importante para el resto de mi vida que, si hubiera tenido poderes para ver el futuro, habría acatado sin chistar lo que mandaba el chino.

Más adelante, además de Sirrus, oí otros nombres extraños: Cruzos, Batucos y Pecos. Así se llamaban los equipos que, por las tardes, jugaban al "fulbo" pateando una media de lana enrollada. Yo aborrecía ese juego, que consistía en una lucha incansable de patadas, codazos y empujones. Pero aunque lo odiara y fuera torpe, cuando faltaba alguno en cualquiera de los equipos, me metían a jugar:

—¡Más te vale que corras! O si no —acercándose al oído—: ¡pato!

A quien se lo declarara "pato" había que escupirlo en cualquier momento, en cualquier lugar: esa era una ley del orfanato. Ser "pato" era una infamia, y también un asco.

Ante esa amenaza dejaba el alma en la cancha, sin protestar, a cambio de una palmada en la espalda al final del partido:

BARRIHAUS EDITORIAL

—¡Cuarenta, zafaste de ser el pato!

En ese mundo "deportivo" proliferaron lealtades, códigos y rivalidades. Los *pibes malos* del internado lideraban los cuatro equipos. Los Sirrus eran los más violentos. Pero los Cruzos a veces les hacían frente. Los Batucos y los Pecos eran más mansos, y algunas veces se unían para sobrevivir. Entre unos y otros se refugiaron todos los *pibes buenos*. El asilo quedó dividido en pandillas que conservaron los nombres del fulbo.

En cuanto a mí, los Sirrus cumplieron a rajatabla su promesa de prohibirme hablar, y por eso quedé afuera de todo. Cualquier palabra que decía la consideraban una desobediencia. Y se me venían en patota. Por eso yo andaba a escondidas, intentando algún comentario con cualquiera, por cualquier motivo. Pero los demás me esquivaban para no tener problemas con los Sirrus. Me desplazaba todo el día, siguiendo con la vista a mis verdugos, esperando una distracción para poder decir algo.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Una vez transgredí la condena, y mirando a un Sirrus a los ojos, no sé qué logré tartamudear. Pero él se dio vuelta, y dándome la espalda gritó:

—"Olivia" habló, pásenla.

—¡Callate, imbécil! —contesté aterrado—. ¡Y no me digas "Olivia"!

—"Olivia" habló, pásenla —dijo alguien que a su vez se lo repitió a otro.

Se multiplicaba esa frase por el patio, por los pasillos del internado como una onda espeluznante. Interminable.

Quise escapar, pero me encerraron en un círculo. Un petiso saltaba como un mono delante de mí y manoteaba mi cabeza. Y repetía:

—Hablaste, Olivia.

—El Jefe ordenó que te cosieras la boca —dijo otro.

—¡Ahora defendete, Cuarenta! —dijo alguien—. Si sos tan macho para hablar, ahora te la aguantás.

—¡Hacete hombre, flaquito! —dijo otro que se golpeaba los puños.

El miedo a ellos, y a que el Juez se enterara, me paralizaban.

—¡Olivia, si volvés a abrir la boca te la llenamos de patadas!

—¡El jefe dice que lo dejen! —gritó otro desde lejos—. Pero que la próxima, lo maten.

Se fueron. Y ahí me quedé, parado como un cuerpo sin alma.

BARENHAUS EDITORIAL

Olivia, me decían. Era una burla por mi parecido físico con la novia de Popeye el marino.

Desde entonces todos me evitaban en los pasillos, en el patio, en el pabellón. Se silenciaba el mundo a mi paso. Los baños se desocupaban cuando me oían entrar silbando, como si yo tuviera lepra. Al principio fingía no darme cuenta, pero se me anudaba la garganta cuando escuchaba, en el vacío, el eco de mi propio silbido. Me recluí. Por esos días me di cuenta de que las paredes del pabellón habían sido enteladas en otro tiempo. Y también que los pasillos estaban plagados de hongos de humedad.

Cruzos, Pecos y Batucos esquivaban mi presencia: no pude pedirles ayuda. Tuve que enmudecer para no ser la víctima y el hazmerreír del orfanato.

Muy de vez en cuando, un personaje de camisa y corbata negra daba una rápida ojeada por el patio y por el comedor. Pensé que podía ser un celador, y por eso un día tomé coraje y lo intercepté en un pasillo. Cuando vio de qué se trataba el tema, me hizo pasar a un área desconocida del orfanato, a un escritorio de alfombra roja y bibliotecas en las paredes. Allí, tartamudeando y con lágrimas, logré acusar a los Sirrus y al más malo, por el silencio al que me habían condenado.

—Nene, ¿vos sabés quién soy yo? Yo soy El Director.

Me miró con tal severidad, que sentí culpa y miedo.

—¿Sabés la cantidad de problemas que yo tengo en este infierno?

¿Infierno, dijo?, pensé sin entender.

—Yo no voy a tolerar que cada pibe que tenga una cuestión con sus compañeritos se tome el atrevimiento de cerrarme el paso para hacer acusaciones. Los problemas entre ustedes los arreglan entre ustedes. ¿Estamos?

Llamó a un celador, le dio instrucciones al oído. El celador me tomó del brazo y me llevó al patio, donde dijo a viva voz:

—¡Señores! —los presentes miraron, hicieron silencio—. Este señor le dijo al Director que acá se lo maltrata. El Director no quiere volver a oír estas cosas, y dice que los problemas entre ustedes los arreglan entre ustedes

BÄRENHAUS EDITORIAL

Y se fue.

Cuando advertí la mirada de todos, un frío me secó la garganta. Corrí como una liebre hasta encontrar un recoveco estratégico del edificio. Con retorcijones de tripas, meándome encima, juré cerrar la boca y nunca más volver a emitir sonido. Aguanté acurrucado durante dos días. Hasta que un idiota gritó:

—¡Acá está! —Y se alejaba corriendo—. ¡Encontré a Olivia!

Mientras la voz se perdía en la distancia, pensé en escaparme, saltar por una ventana y correr por las calles; pero no tuve fuerzas.

Me arrancaron del escondite. Me declararon el "pato" de ese día. Entre varios y a las carcajadas, me sacaron el pantalón y lo escondieron. Fue un suplicio desplazarme en calzoncillos sucios ante la mirada de todo el orfanato. Hasta los celadores se reían. A pesar de eso, yo sentía gratitud porque no me mataban.

BÄRENHAUS EDITORIAL

El aislamiento me confinó por los rincones, en juegos silenciosos. Imaginaba héroes que se trepaban por las paredes del orfanato, y en un operativo comando se jugaban el pellejo para rescatarme de los Sirrus. Soñaba despierto con que a veces tenían éxito. Pero otras veces la muerte se nos venía encima a todos, a los héroes y a mí. Y entonces pensaba que sólo nos quedaba morir con gloria, después de resistir hasta la última gota de sangre.

Yo procuraba pasar inadvertido ante los demás, buscaba hacerme invisible para sobrevivir.

Una vez encontré una revista en la basura. Era una historieta muy deteriorada, donada seguramente por

alguna de las tantas sociedades de beneficencia que decían ayudar a los “huerfanitos”. Me impactaron los dibujos llamativos, los ojos grandes de los personajes, los colores intensos. Más adelante supe que aquel estilo de cómic, oriundo de Japón, se llamaba Manga.

En el primer cuadro de la historieta, que iniciaba en la página 5, por tener arrancadas las anteriores, se veía un hombre de camisa verde que arrastraba del brazo a un chico tan rubio como yo.

—¡No hay tiempo! —dice en la burbuja de diálogo que apunta al hombre de camisa verde—. ¡Dejá todo, hijo, y vamos!

—¡Mi cuchillo! —dice el chico rubio y se suelta.

En el siguiente cuadro del comic, el chico rubio entra en un dormitorio, revuelve un cajón. En el otro, ve un filo brillante. Lo empuña. Lo guarda en el bolsillo. Sale.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—¡Apurate! —La mirada angustiosa del hombre de verde.

—¡Vamos, hijo! —dice una mujer vestida de blanco, que aparece en la escena.

Salen los tres a la calle. Encuentran autos chocados, una multitud corre en todas direcciones. Suenan sirenas, estallidos. Se esconden en la entrada de un negocio.

—¿Qué pasa? —dice el rubio abrazando a su padre.

—Llegaron los Shyumas —contesta la madre—. Tenemos que irnos.

¿“Shyumas”?, pensé. Cerré la revista. ¿Y eso? Me quedé mirando al vacío. Al rato la abrí en la misma página:

—¿Shyumas? —dice el rubio de la historieta abriendo sus ojos redondos—. ¿Qué son?

—Son monstruos… Demonios —dice el padre mirando a la madre—. No se sabe qué son. Vienen del *más allá*. —Señala con el índice hacia alguna parte—. Nos quieren llevar al infierno.

—¿Infierno? —dice el chico rubio.

—Es un lugar… —responde la mujer de blanco—. Es un lugar donde todos son malos. No hay amor. No hay papás ni mamás.

—Ya lo dijo El Director —balbuceé—: el infierno es el orfanato.

En el cuadro siguiente la madre agrega:

—Tenemos que escaparnos, el infierno es para siempre.

—¡Entonces vamos ya! —dice el chico rubio arrastrando de la mano a los dos.

Sí, pensé, vamos ya.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Al dar vuelta en una esquina, el chico rubio y sus padres se quedan paralizados ante una formación de policías que disparan sus armas al cielo. Un monstruo oscuro, muy alto, de orejas redondeadas y luces amarillas en los ojos, camina hacia ellos.

—¡Váyanse! —les grita un uniformado que no deja de descargar balas—. ¡Es un Shyuma, está endemoniado!

Las pisadas del Shyuma erguido en dos patas producen temblores, dejan grietas en el asfalto. La mujer de blanco tropieza, cae. El chico rubio se le tira encima para protegerla. La bestia lanza contra ellos un auto estacionado, como si fuera un juguete. El

bólido sigue de largo pero se lleva a los policías y al hombre de camisa verde. El Shyuma ruge. El chico y su madre intentan socorrer al padre. La señora se arrodilla a un costado delante de los fierros retorcidos, grita, llora. El Shyuma pasa a su lado. El chico desenfunda su cuchillo:

—¡Te voy a matar! —dice.

¡Sí!, pienso. ¡Sí, claváselo!

En el cuadro siguiente, el chico me mira. ¿Me habrá oído? Y, en el otro, el Shyuma mira hacia el chico y a su madre, pero sigue su camino, como si no los hubiese visto.

¿Somos invisibles?, piensa el rubio.

¡Sí!, le respondí en silencio. ¡Somos invisibles! Como yo en el orfanato. ¡Trepate por sus patas hasta el lomo del monstruo! ¡Clavale el cuchillo en los ojos!

Hubiera querido entrar en el dibujo y unirme con mi navajita de hueso para matar a ese Shyuma. Pero el chico rubio trepó por el talón hasta su lomo, y llegó a los ojos, y en ellos hundió el filo.

¡Bien hecho!, pensé. ¡Tomá, maldito!

Faltaban las hojas finales de la revista.

¿Qué habrá pasado en esas páginas? ¿Habrá muerto su padre? Pobre madre, cuánta desesperación, cómo lloraba… Me detuve en esos dibujos de la señora de blanco. ¿Así es una mamá?

A menudo yo soñaba y despertaba con la obsesión de encontrarle un final al cómic japonés. En los días que siguieron me lo pasaba jugando a ser el chico rubio. O la bestia. O el padre. Mi imaginación agregaba héroes, más policías, y más hombres con camisas

BÄRENHAUS EDITORIAL

verdes, o mujeres de blanco. Los dibujaba. Luchaban para salvar a la humanidad de la invasión de Shyumas y terminar con el infierno. Dibujé cientos de finales para la misma historia. Fantasear sin límites entre monstruos, héroes y muertos significaba evadirme del orfanato. Por entonces ya habitaba en un mundo fantasmal de paladines y villanos donde transcurría mi verdadera vida.

Sí, mi *verdadera vida*.

No la vida que los demás veían en mí —un flaquito silencioso que cada tanto cruzaba el patio como un ánima para ir al baño o al comedor—, sino la que yo vivía de verdad, manchada por la sangre y la pasión de mis personajes. Imaginación y fantasía, como si fueran oxígeno y nitrógeno, se combinaban en una atmósfera mágica que yo respiraba para sobrevivir. Ese aire fantástico llenaba mis pulmones y se desparramaba por mis arterias a todos los tejidos. Y aunque nadie lo supiera, yo vivía en esa realidad paralela, mi *realidad ampliada*, donde podía liberarme del yugo del silencio.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Aquel mecanismo psicológico de supervivencia tomaría cuerpo a lo largo de mi vida, se desarrollaría y se apoderaría de todas las dimensiones de la existencia. Infinidad de veces en el futuro me atravesaron hechos, lugares, shyumas y personas que solo yo percibía. No solamente los veía: también me hablaban, me asediaban, al punto de obligarme a luchar contra ellos. Entraba en contacto con un mundo situado más allá de la realidad, con un supramundo al que nadie accedía. Quizá fue pura imaginación, o ensoñaciones, o tal vez haya sido clarividencia. Es

posible que aquellos viejos encantamientos de los balcones iluminados de mi infancia ya formaran parte de esta *realidad ampliada*: una intensidad permanente, una pasión que debí esconder de la mirada de los demás, para que no me la quitaran.

Habían pasado muchos años en el orfanato, y la sentencia del jefe Sirrus que me condenó al ostracismo seguía vigente, una roca infranqueable. Lo que no pudo crecer hacia fuera, creció hacia dentro de mí como una raíz deforme que en algún momento iba a explotar. Eso fue cuando estallaron en mi cuerpo los quince años, la adolescencia, y el hambre de liberación. Surgió ahí la sed de arrancarme la mordaza y de extirpar de sus bocas el maldito "Olivia".

Y la maldita burla.

Venganza.

¡Odio por esa manga de malparidos a quienes juré, sobre la tumba de mis palabras, hacerles pagar!

Decidido a enfrentarlos, entrené a fondo durante meses en el gimnasio abandonado del orfanato. Acompañado por la penumbra de la claraboya, me colgaba en la barra oxidada, levantaba las únicas dos pesas, subía una pila de ladrillos, golpeaba una bolsa de arena hasta la extenuación. Engordaba, se oscurecía el pelo a medida que lo cortaba. Ya no quedaba nada del canarito silbador que fui en la infancia. Desde mis piernas y brazos, mi pecho y mi cogote, en mi aspecto acechaba un sombrío oso pardo, con el que pretendí meterles miedo e inspirar respeto. Hasta mi voz sonaba gutural debido al silencio de tantos años.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Pero ellos también crecían. Todos habíamos cambiado. Y a pesar de mi tamaño, seguían con la triste diversión: el ciclo no tenía fin.

A esa altura, la peligrosidad del orfanato ya no era un juego de chicos. Una mañana en el patio, después del habitual mate cocido, presencié algo que me abrió los ojos. A mi lado forcejeaban dos. Se metió un tercero a los empujones. El jefe de los Cruzos se había trenzado con un Sirrus. Alguien cayó contra las baldosas. Se oyeron cachetadas, chasquidos. De casualidad el piedrazo que pasó volando y se estrelló en la pared del fondo no había matado a nadie. A eso le siguió un silencio. Presentí que algo grave iba a suceder. Me aparté hasta un banco de madera, en un costado. Al rato se oía el arrastre de lentas cadenas contra el suelo. Aparecieron algunos torsos con sus músculos tan marcados como los míos: los clanes se ubicaban de uno y otro lado del patio, se sumaban leales en cada bando. Todo el orfanato quedó en sus posiciones excepto yo, que permanecí en mi banco como un jubilado de plaza. Los Cruzos habían unido fuerzas con los Pecos y Batucos. Era evidente que pretendían una rebelión para desbancar a los Sirrus, el grupo más violento. Pero el chino, el más malo, decidió no enfrentarlos en ese momento, seguramente porque estaban en minoría y serían derrotados. Así que rompieron el clima bélico y se pusieron a patear una media de fulbo, como si tal cosa. Aquello fue una señal de alerta. Por el orfanato, ya se percibía el olor de la muerte.

Al día siguiente desapareció el jefe de los Cruzos, el que había organizado la conspiración. Al principio

BARENHAUS EDITORIAL

se habló de una fuga. Pero alguien encontró un objeto personal con sangre. La policía nos interrogó. Se rumoreaba que aquella había sido la venganza del chino por la osadía de haber sido desafiado.

En cuanto a las "autoridades" del orfanato —si así se les podía llamar a esos títeres y pusilánimes, a esos Pilato siempre ausentes—, hasta ellos mismos les temían a los Sirrus. No se hacían cargo del descontrol y la violencia imperantes. Seguramente fueron cómplices de la desaparición y de la muerte. Aquel presidente de la corbata negra seguía pasando a vuelo de pájaro por el patio y el comedor, en fecha de cobro de los sueldos.

Condenado por los Sirrus, subsistí en el silencio de mi *realidad ampliada*, hasta el maldito día en que los enfrenté a todos.

BÄRENHAUS EDITORIAL

BÄRENHAUS
EDITORIAL

BÄRENHAUS
EDITORIAL